

Matar a papá.

Me dicen que diga la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, pero no puedo simplificar lo que le pasé a alguien que, en un acto reflejo, en un arranque de locura, pretende defenderse de un hombre de un metro noventa, que pesa más de cien kilos y que te tiene suspendido en el aire con los pies a treinta centímetros del piso. Por eso quiero decir absolutamente toda la verdad, aunque las cosas no sean lo que parecen.

Con Luly nos pasábamos tardes enteras pergeñando planes de como matar a nuestros padres. Ella tenía sus motivos y si bien a mí me sobraban jamás se me cruzó por la cabeza el hecho aberrante de matarlo. Luly, en cambio, mil veces pensó en matar a su papá, aunque suene horrendo estaba convencida. Por más que la describa como la peor rata que pueda ocultarse por los rincones de los basureros, ella tenía sus motivos justificados, pero no tenía el coraje para hacerlo. Estaba obsesionada y por mucho tiempo fue nuestro único tema de conversación. Ella lo pensaba de las maneras más inverosímiles, empujándolo a la vías del tren, electrocutándolo, poniéndole veneno para ratas en la comida, dándole con un garrote por la espalda o simplemente matarlo de la manera menos cruenta, matarlo de un disgusto, de esos disgustos que un hijo único jamás le puede dar a sus padres.

Me hacía matar de risa su razonamiento, los dibujos que hacía en su cuaderno planificando el asesinato. Luly solo fabulaba, vivía en una realidad paralela que me divertía, lo tomaba en joda, sabía que jamás se animaría a hacer algo tan malo.

En mí, la maldad no existía. Siempre fui más responsable que mi hermano Atilio, al que balearon cuando fue a robar al super del Chino. A él lo anotaron en el industrial porque creyeron que se iba a entusiasmar con los talleres y que quizás, cuando se recibiera, podría laburar de algún oficio, nada donde tuviese que usar la cabeza, pero no fue así. Le gustó la fácil y

creyó que con un chumbo el progreso llegaría más rápido. Yo, en cambio, no tenía muchas ambiciones, pero tampoco quería ser un problema. En casa ya había demasiados, mi único anhelo era estudiar y jugar al fútbol los domingos.

Mi otro hermanito, el Ramoncito, ese sí que era un problema, al pobrecito no se le podían cargar con más calificaciones de desprecio. En el barrio y a nuestras espaldas, le decían monstruo, deforme, castigo de dios, planta venenosa, entre otras tantas cosas espantosas que pude escuchar cuando mamá me mandaba a sacarlo a dar una vuelta en su silla de ruedas.

Con Luly nos juntábamos los sábados para conversar, éramos muy buenos amigos, solo amigos aunque para algunos bobos éramos algo más que eso. Luly había decidido firmemente matar a su papá, como les he anticipado, lo de ella era un odio distinto, un odio visceral.

Luly que no era Luly o quizás sí, Luly que era Fernando o quizás también, el mismo que la rompía con la gambeta en los picados, el mismo que no traía ninguna nota debajo de ocho en el boletín, ese que había sido abanderado en cuarto año, ese mismo un día decidió hacer el cambio, dejar la pelota, el estudio y salir del armario, dejar los amigos del barrio y comenzar con un tratamiento transgénero.

Yo era el único amigo que le quedaba de su época de hombre y eso me enorgullece en parte, pero en el fondo también me avergüenza. Para mí la amistad siempre fue algo sublime y en definitiva, hasta ese momento, él no había cometido ningún delito como para que yo le diera la espalda como otros.

Al poco tiempo que inició con la terapia hormonal se vieron los primeros resultados. Se le notó rápidamente un cambio abismal de su fisonomía, ya no le crecía la barba, aunque nunca había tenido mucha, la voz se le aflautó y le habían empezado a crecer las tetas. Fernando o sea Luly no había dicho nada en su casa, nunca entendí como lo ocultaba ni de donde

había sacado la guita. Lo venía disimulando con mucha cancha, siempre estaba con la cabeza gacha, los hombros hacia adelante, hablaba solo lo suficiente y se pasaba el noventa por ciento del tiempo encerrado en su cuarto. Fernando, un día se confesó conmigo y me dijo que el Fernando que yo conocía ya había muerto y que ahora era Luly y me prohibía que volviera a llamarlo Fer, Fernando, Nando, Ferchu u otras formas con la que yo estaba acostumbrado a llamarlo digamos... como su amigo íntimo.

Luly había nacido en una familia bien, familia de milicos, vivía en una de las casas más lindas del barrio y el abuelo había construido su fortuna con una cadena de locales de repuestos para maquinarias agrícolas. Todo parecía normal hasta el día del cumpleaños de su padre.

Don Gerónimo, el viejo de Fer, quería hacer una gran fiesta. Cincuenta no se cumplen todos los días, medio siglo justificaba hacer una festichola con mucho vino, whisky importado y tremendo asado que nadie pudiera olvidar. Contrató mozos, vajilla de primera, mantelería y un parrillero que estuvo asando un lechón de cuarenta kilos desde temprano.

Yo la entendía a Luly y la apoyaba en todas sus decisiones, pero ese día no la entendí. El calendario tenía un montón de fechas para poder decirle al mundo lo que quería hacer de su vida pero la muy testaruda había elegido el día del cumple de su padre para hacer el anuncio. Como la ocasión lo ameritaba se compró un vestido brillante de esos ajustados cortitos, una peluca rubia parecida a la de Susana Giménez, unas pestañas postizas que parecían un manojo de anzuelos para surubí y un kit de maquillaje de esos que usan las vedettes del Maipo.

La madre miraba para todos lados preocupada, preguntaba al que se le cruzaba si había visto a Fernando, no quería arrancar el primer brindis de la noche sin que estuviese presente su único hijo, el orgullo de la familia.

Los invitados llegaron en autos lujosos, muchos de ellos (me enteré después de la fiesta) fueron compañeros del viejo en su paso por el ejército.

Yo estaba con Luly en su cuarto, me lo había suplicado, necesitaba que la acompañara ya que ese día debía marcar un hito para su sexualidad y mostrarse tal cual era de una vez y para siempre ante toda la sociedad. Pude ver con mis propios ojos la transformación de él en ella, como la metamorfosis de una mariposa que deja de reptar como gusano entre las hojas verdes de un limonero para iniciar su vuelo hacia la libertad.

Desde mi lugar, a través de la ventana entreabierta, miraba la escena del patio sin ser descubierto. Primero salieron los chorizos y las morcillas y nadie se percató de que Fernando o sea Luly no estaba. La gente morfababa y morfababa, chupaban tinto y se reían como locos, yo tenía un hambre que me moría pero no podía fallarle a Luly. Siguieron con las entrañas, el asado y las provoletas y se venía el plato fuerte de la noche, el lechón adobado. Los amigos del viejo, gritaban y decían chistes groseros, algunos chistes de judíos, pero la mayoría de maricas, a mí me causaban gracia pero no podía reírme frente a mi amigue, me tapaba la boca pero con los más graciosos me saltaban lágrimas de los ojos por contener la risa. En eso llega un tipo vestido de gaucho con una guitarra y empezó a recitar payadas alegóricas al evento, con rimas rebuscadas sobre la familia de Gerónimo, de su esposa, y de Fernando, el heredero del imperio que había edificado su abuelo. El viejo estaba emocionado, desde mi lugar podía notar sus cristalinos ojos brillar en la fresca noche, pude notar también como buscaba cada tanto la mirada de su esposa preguntándole con un leve movimiento de cabeza lo que pude intuir que era saber dónde cuerno se había metido su hijo. Sin duda era la persona que más deseaba que estuviese junto a él en ese hermoso momento.

No podía dejar de imaginar el quilombo que se iba a armar cuando Fernando o sea Luly saliera a felicitar a su padre por los cincuenta. Luly, me repetía que no iba a pasar nada, que el viejo y la mamá se lo debían de imaginar ya que le había tirado una pista a la abuela por parte del padre.

Viendo lo nervioso que me estaba poniendo, me prometió que al terminar la joda, nos íbamos a dar una panzada con todo lo que sobrara en la parrilla.

A las once llegó el momento clave de la fiesta, Don Gerónimo estaba a punto de soplar las dos velitas. Los mozos repartieron copas con champagne. Empezaron a replicar las palmas de los invitados sin un ritmo ordenado. La vela con el cinco ya estaba encendida y la otra, con el cero, no había forma de encenderla, parecía tener la mecha corta. Un amigo probó con un encendedor, otro con un fósforo, hasta que el asador se acercó con un palito encendido en una brasa y pudo prenderla. En ese instante Luly salió del cuarto, yo me quedé en la pieza, estaba aterrado por lo que podía ocurrir, pero no dejaba de pispear por la ventana. Se abrió la puerta del patio y salió para sumarse al coro de amigos y familiares que arrancaban entonando el “Cumpleaños feliz”. El gaucho rasgueaba unos tonos, mientras salí corriendo y me escondí detrás de una columna del alero. Sabía que la cosa se iba a poner negra y así fue. “Que los cumpla feliz... que los cumpla feliz... que los cumpla Gerónimoooo... que los cumpla... feee” y Luly se acercó al viejo para darle un beso con sus brazos abiertos. El viejo se puso blanco y preguntó si era una joda. Se rio y volvió a preguntar si era un chiste, una broma de mal gusto. Luly le decía que no, que era su hija, que siempre lo fue y que ahora era realmente lo que quería ser. Los compañeros del regimiento empezaron a cagarse de risa y comenzó la hecatombe. Los demás invitados miraban la escena sin entender nada. El payador arrancó con unos versos desubicados sobre la sexualidad de Fer y las risas explotaron. El viejo también tenía mecha corta, sin mediar palabra, dio vuelta la mesa, lo agarró del cogote, lo arrastró hasta la pared de la parrilla y lo levantó como si fuese un almohadón de plumas. Pude ver sus pies a treinta centímetros del piso y el puño que surcaba el aire aplastándole la nariz. Fue un trompazo idéntico al que mi padre le surtió a mi hermano Atilio cuando se apareció con las Adidas que había afanado de la casa de deportes. A Luly al menos no le quebró el

tabique, ella era muy bonita y no le hubiera quedado bien tener la nariz de un boxeador. La peluca de Susana Giménez voló por el aire y las pestañas se le despegaron, la sangre le salía por la nariz a chorros manchando el vestido nuevo. Agarré del brazo a mi amigo y lo saqué de la casa, la fiesta había terminado para nosotros y para todos. Ella atravesó el borde del ataque de nervios y no podía hacerla volver en razones. Temblaba como una hoja y puteaba a dios y a todos los putos santos, ella no podía entender la reacción de su padre, aunque yo sí la entendía. Hay cosas tan brutales que se pueden entender aunque jamás se puedan justificar.

No hubo filtro, no hubo forma de amortiguar el mensaje, a veces el amor no alcanza para entender ciertas cosas, aunque ahora que pasó el tiempo y lo pienso en frío fue su mejor forma de decirles a todos lo que quería ser y por qué.

Como les venía contando, hasta ese momento bromeábamos buscando formas creativas de matar a nuestros padres, yo con el mío en ese momento no tenía motivos, solo jodía con eso, pero Luly tenía una colección de motivos para llenar el álbum. Siempre decía que todos en algún momento deseamos matar a nuestros padres y a mí me entraba por un oído y me salía por el otro. Decía que era casi una ley, a veces porque no nos dejan hacer lo que queremos, a veces porque no nos dejan ser lo que somos, a veces porque no podemos verlos más en lo que se han convertido.

Entendí que ese fue su intento de matarlo, matarlo de un disgusto, pero no pudo, esa fue su forma de decirle basta, hasta acá llegaste y este es mi nuevo camino.

Fueron dos semanas en las que Luly me llamaba todos los días, estaba traumatizada, avergonzada por lo que tuve que presenciar en el cumple. Su deseo de matar a su padre se incrementaba cada día. En cada llamada podía sentir su obsesión enfermiza, su deseo de aniquilarlo, quería que yo la ayudara a eliminarlo de cualquier forma. Yo estaba preocupado, ya no me

causaba gracia como antes las ideas locas que tenía para hacer boleta al viejo, le pedí que no me llamara más, no quería ser cómplice de un crimen.

En casa las cosas no estaban bien, el viejo se había ido de casa con una pendeja y nos pasaba guita a cuentagotas, la cabeza no me daba para sumar problemas ajenos, así que trate de centrarme en el estudio y olvidarme por completo de Luly.

Casi dos meses después, un sábado me volvió a llamar. Me pidió disculpas y lo perdoné aunque no tenía nada de que perdonarlo. Antes de cortar me dijo que quería verme el domingo en la canchita, hacía muchísimo que no nos habíamos mostrado en público, la última vez fue en su partido de despedida contra unos vagos de un barrio vecino. Quería hablar conmigo, decirme algo importante, que quizás fuese la última vez que pudiéramos hablar de igual a igual. Me asusté, pensé que Luly era capaz de matarse ante su impotencia, toda la noche pensé en su suicidio inminente y que quería despedirse de mí.

. Al día siguiente, mamá se fue a misa temprano como todos los domingos, me cambié como todos los días y tomé unos mates. Había dejado a mi hermanito frente al televisor y salí para la canchita. Para mi sorpresa, Luly había ido como Fer. Él estaba en el círculo central, con la ropa de fútbol, haciendo jueguito con la número cinco y me alegré. Gracias al cielo no había venido como Luly. Yo estaba con mis jeans, por eso volví rápido a buscar los cortos, quería jugar ese partido contra los negros del industrial junto a Fer.

Pero las cosas se dieron con el mismo azar con el que te sale una escalera servida al arrojar el cubilete, los planetas se alinearon para que pasara lo que al final pasó.

Entré con mi llave, pero estaba abierto, encontré a mi viejo puteando a Ramón, mi hermanito. Él estaba asustado como un pollito mojado

esquivando cachetazos que volaban sobre su cabeza a diestra y siniestra. No entendí que estaba pasando, era un despelote que nadie me podía explicar. Papá se me vino al humo y yo le grité, le grité que no trate así a mi hermano, que él no podía defenderse y ahí fue cuando me agarró del cuello y me colgó contra los azulejos blancos de la cocina. Solo podía ver a mi hermanito inmóvil queriendo gritar. Las gallinas del fondo revoloteaban como entendiendo lo que estaba pasando en la cocina. Los bichos perciben lo que está por pasar, los animales perciben la muerte. Y mi mano izquierda se apoya sobre la mesada y encuentra una cuchilla, la misma con la que la vieja degollaba a los pollos. ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué no estaba en el cajón de los cubiertos? ¿Fue el diablo quién metió su cola corriendo la cuchilla hasta donde se encontraban mis dedos temblorosos? La agarro y se la clavo en la panza una y otra vez.

No puedo resumir lo que me pasó en solo unas líneas, necesito contar toda la verdad. Matar a papá no es algo que me llene de orgullo, tampoco fue algo planificado como lo de Luly, es algo que me apena ya que es lo último que hubiera deseado hacer en esta vida. Yo sé que él no quería matarme, estaba nervioso, estoy seguro de que él solo quería reprenderme, yo era su hijo predilecto, el del medio, en mí ponía todas su expectativa. Yo era el que proyectaría su apellido en futuras generaciones. No me importaba que tuviese otra mina, que le pusiera los cuernos a mi vieja y que no nos pasara un mango, era su vida al final de cuentas, igual que la de Fer, igual que la de Luly.

Él me quería mucho más que a mis dos hermanos. Todo fue por querer defender a mi hermanito en su silla de ruedas. ¿Por qué lo estaba retando de esa manera? ¿Por qué me gritó que era un puto de mierda?

Pude ver sus ojos abrirse de golpe como saliéndose de sus órbitas, pude ver como la presión que ejercía su mano sobre mi cuello se aflojaba, se suavizaba, se convertía en una caricia, la caricia que tanto necesité de chico.

Me fue bajando despacio, de a poco, como un ascensor descompuesto que está llegando a la planta baja. No me puedo explicar por qué seguí clavando la cuchilla en su panza, fueron cinco veces con fuerza debajo del esternón me dijo el juez, no parecía emoción violenta, me acusó de que yo lo había simulado todo, que yo no me estaba defendiendo.

A decir verdad hacía tiempo que ya no parecíamos familia, éramos un grupo de animales luchando por nuestra supervivencia. Y luego llegó mamá y me dijo que locura había hecho. Ella se quería inculpar, repetía que yo tenía una vida por delante, pero no la dejé. Yo mismo llamé a la policía, tenía las manos ensangrentadas cuando llegaron, me llevaron de los pelos y me cagaron a palos. Solo hay algo peor que un asesino, el asesino de su propio padre.

Soy Lucio Sosa y les he dicho toda la verdad. Mucho he sufrido en los años que estuve en la cárcel y sé que me quedan muchos por pagar, pero la vida me fue dando recursos para poder superar las situaciones más dolorosas. Sufrí, sufrí mucho pero también me divertí, hice amigos y aprendí. Las cosas eran muy distintas que afuera, eran distintas a lo que se veía por la tele.

Mi abogado venía una vez por mes y me prometía que iba a sacarme, que faltaba poco, que teníamos un montón de plata y que estaba haciendo todo lo posible para gestionar mi libertad de manera anticipada. Mamá se había puesto de novio, creo que con el carnicero de la esquina. El tipo había enviudado hacía poco. Ella ya no venía a visitarme, me contaron que se hizo cirugías y se había teñido de rubia como la Susana Giménez. Se mudaron, al parecer querían ser otras personas, o al menos parecer que eran otra familia, una familia nueva, una familia normal. Yo no sé qué habrá sido de las gallinas ¿las habrá faenado el carnicero? ¿Y mi hermanito? ¿Lo querrán?

Una vez que me habían permitido hacer una llamada al mundo exterior, lo llamé a Fer, mejor dicho la llamé a Luly y después de decirle que la quería, le dije que esperaba que no hubiese llegado a cumplir su deseo de

matar a su viejo, que por experiencia propia no estaba bueno arruinarse la vida. También le dije que cuando saliera quería conocer al médico que le había prescrito el reemplazo hormonal, ya no quería ser quien era, yo no quería ser visto como el asesino de su padre, quería ser otra persona. Sabía que ahora mi madre no estaba sola, ahora tenía una pareja que los cuidaría. Yo ya podía estar tranquilo. Su hijo ejemplar había dejado de ser un ejemplo, así que nada me importaba. La liturgia empezó y terminó en un sacrificio para un dios pagano, a un dios malvado. Obviamente, no pude ir a su entierro. Solo pude despedirlo odiándolo en mis plegarias, frente a frente sin tener siquiera un improvisado plan para matarlo.